Año 1962
El Progreso de Lugo 28 febrero

126

ACOTACIONES

GLENN

Por Joaquín Calvo-Sotelo
De la Real Academia Española

PUESTO que disponemos del regalo --nunca se sabe bien por qué-- de las columnas de un periódico, lógico será servirse de ellas para flamear nuestros pañuelos, disparar inofensivamente nuestras pistolas de perdigones y gritar nuestros vítores más estentóreos, en honor del astraonauta Glenn que ha recompensado a los Estados Unidos la merced de haberle puesto en órbita, poniendo él en órbita, a su vez, a los Estados Unidos.

Larga fué su antesala, una antesala de dentista. Tiempo le dieron para hojear hasta el cansancio, los diarios y los semanarios del mundo entero --espanta pensar cuantas veces habrá leído intimidades de la Princesa Margarita, de Sofía Loren y de Grace de Mónaco-- y para agotar con sus camaradas las conversaciones de trámite. Los pronósticos meteorologicos no mejoraban y Glenn miraría al cielo de reojo, a punto de verlo ya con mayor cercanía que ninguno de ellos. Pero tantas precauciones garantizaron su exito y, tal y como se había previsto, dió a la Tierra las vueltas de ordenanza y fué a concluirlas, apenas rescatado ,con el "hale hop" de las hazañas circenses, en la cubierta de un destroyer, ensordecido por los clamores de los marineros, leve anticipo de los que atronarán a su paso, dentro de breves días, en Nueva York y en Washington.

No neguemos a Gagarín y a Titov, la cuota de estupor que les correspondió en su momento. Ninguno fuimos remisos en tributársela. Si no compartimos sin reserva la alegría de ver violadas, entonces por vez primera, las limitaciones que habían pesado sobre el hombre durante siglos, fué porque cierto aire jactancioso y amenazador quitaba a la empresa deportividad y le daba belicismo. Nos encogíamos al paso de Titov y protegíamos nuestras cabezas, temerosos de que, desde su impune lejanía, nos arrojase los aerolitos que tuviese a mano. Ahora, muy al contrario, hubiésemos mirado a lo alto, sin desconfianza, para sonreir al héroe. Titov, volaba como un espía superdotado, como un Diablo Cojuelo del Pentágono. Glenn, sobre un panorama de ciudades que se empavonaban de luces para guiarle y confortarle en su periplo. Titov blandía su índice conminatorio, anunciándonos terribles castigos, si éramos díscolos. Glenn era como el vigilante que rodea la manzana y nos da la seguridad de que podemos dormir tranquilos. La gesta de Titov estaba viciada desde el principio. Titov había salido clandestinamente, por la puerta carroliza, sin testigos, a merodear en el espacio y chivarse a sus consignatarios de lo que acontece cuando se navega a treinta mil kilómetros de velocidad y trescientos de altura. Glenn, sin embargo, hizo preceder a su gigantesco salto de la mayor publicidad imaginable, y subió al proyectil en que embarcaría, hablando antes con el barbero de los pros y de los contras de su aventura, y guiñando el ojo a los compañeros de Cabo Cañaveral, como si fuese a disfrutar de unas vacaciones pícaras. Por eso a Titov le velaron las células comunistas y la saludaron los puños desafiadores de las Internacionales y Glenn circundó la Tierra sobre los meridianos de las oraciones propiciatorias de los pañuelos amigos.

Glenn ha prestado un enorme servicio a su país, porque la confianza en su fuerza se había alicortado últimamente y los eternos pusilánimes, los asustadizos, empezaban a pensar si no sería más sensato trasladar a la otra orilla sus tiendas de campaña, a la vista de éxitos tales y quitar malicia a la sangre y al horror de Hungría. La verdad es que el comunismo, será siempre un sistema, un régimen abominable de vida y que el hecho de que llegue a la Luna o establezca correos regulares con Marte no alterará un ápice esa estimación objetiva.

Ahora, pues, mi júbilo ante Glenn no lo empaña ninguna otra consideración que la melancolía de que no haya sido un buen muchacho de La Coruña o de Tortosa, o de Aranjuez, o de Chamberí, un español, en suma, el tripulante de la nave Cierto que Titov era un europeo yo lo soy también pero las cosas han variado mucho desde hace cincuenta años y, sobre todo, las fronteras. Mis fronteras de europeo, llegan hasta Manhattan y mueren en Berlín-Este, allí donde empieza ese torvo mundo que apunta contra la civilización en que me sé inserto y a la que amo y defiendo como puedo. Glenn, mi correligionario, Titov, mi antípoda. Pero ninguno, ¡ay!, mi compatriota.

Celebro, pues, y modestísimamente, colaboro, a la distancia, en la gloria de Glenn. Los jefes de Estado le felicitan, los grandes titulares de la Prensa le acunan con tipografía apenas hasta hoy usada. Cada palabra suya vale miles de dólares, una fortuna cada autógrafo. Un pueblo entero suspendió su trabajo y su respiración, lloró, gritó, oró, durante las tres horas de su inmortal travesía y suspiró de alivio cuando le supo sano y salvo. El universo mira hacia él, a su silueta fornida y rústica, a la sencilla orla familiar que le protege y en cuyo abrigo le serán más sabrosos sus laureles. La gloria, si. Pero Glenn hará bien en beber ese licor con prisa, porque hemos entrado en una era mitológica, en la que los héroes empalidecen pronto. Hoy es casi un ser singular y único. Cierto que nadie le disputará en su país la primacia, pero lo normal es que dentro de poco sea eso, simplemente, a saber, el número de un escalafón. Para su contento personal, deseo que su nombre brille siempre entre los de sus contemporáneos. Pero, para la de la humanidad en la que está inscrito, ojalá pronto sea superado por el de otros nuevos héroes que, con el estímulo del ejemplar comportamiento de Glenn, rompan su cerco, traspasen los lindes a los que llegó impávido y se acerquen --nos acerquen-- a las estrellas.